

«Llevamos décadas poniendo parches; hasta que hay una bomba como esta y ya no valen»

Pablo Artal Catedrático de Óptica de la UMU e investigador

El científico publica 'Visión a todas las distancias', una recopilación de sus artículos publicados en LA VERDAD

FUENSANTA
CARRERES



MURCIA. Podría estar trabajando en cualquier laboratorio internacional de vanguardia, pero lo hace en la Universidad de Murcia, desde donde representa el sentido de la excelencia científica y la transferencia de sus resultados a la sociedad. Premio Jaime I y Premio Nacional de Investigación, Pablo Artal (Zaragoza, 1961) acumula reconocimientos a sus investigaciones, que han permitido soluciones a las cataratas, la presbicia y la miopía a través de la 'spin off' Voptica. Articulista en LA VERDAD, ha recopilado sus artículos publicados quincenalmente los últimos años en el libro 'Visión a todas las distancias', donde ha vertido su mirada crítica al mundo que le rodea en 500.000 palabras. Entre todas ellas, se queda con dos: sentido común.

—Dijo en abril, en pleno confinamiento, que confiaba en que aprendiéramos algo como sociedad de la pandemia. ¿Qué cara se le queda ahora?

—Soy pesimista, y creo que, como dicen los refranes, los humanos somos los únicos que tropezamos repetidas veces en la misma piedra. La percepción es que no sé si estamos aprendiendo mucho. Quizás, paciencia. La gente muestra mucha más paciencia y aguante de lo que inicialmente uno podría imaginar. Pero, a nivel colectivo, hay cuestiones inquietantes: es evidente que de situaciones como la pandemia solo nos sacan la ciencia y la tecnología por medio de antivirales y vacunas, y en vez de pen-

sar que esa es la solución, aparecen más antivacunas, más teorías conspiratorias extravagantes...

—La pandemia ha sido un buen caldo de cultivo para pseudociencias y negacionistas...

—No debería: desde un punto de vista racional, si estuviéramos ante una amenaza que no conociéramos, como una pandemia en la Edad Media, que era una cosa divina que nadie conocía, se entiende. Pero ahora, desde el minuto uno se sabe y está aislado el virus, se conoce todo, hay un camino claro hacia las vacunas... Y aún así, surge este caldo de cultivo de gente diciendo que hay que beber lejía y no sé que barbaridades más. Es sorprendente.

—La política española, más estos últimos días, está resultando más tóxica que el propio virus...

—No solo la española, aunque es un consuelo de tontos, pero sí, desde fuera no deja de sorprender esta polarización y la falta de acuerdos claros, sobre todo ante una evidencia así. Los números son los números, está claro lo que ha pasado en la primera ola y ahora, da igual que seas de izquierda, de derecha o de en medio, los datos son los datos: tenemos las peores cifras de Europa, lo que significa que algo hemos hecho mal.

—Incluso comparados con países de nuestro entorno muy similares... ¿Qué falla?

—Tiene sentido que se escuche a los médicos y epidemiólogos, que si saben de estas cosas, y que reclaman auditorías. No se trata de entender qué hemos hecho mal para buscar culpables, sino para intentar hacerlo mejor. Pero esto da un poco la sensación de patio de colegio. Que se den palos de ciegos cuando no se conocen las cosas es normal, el desconcierto es entendible en los primeros meses, pero conforme va pasando el tiempo, no debería ser así. Tengo bastante relación profesional con China, y me llama la atención que mis colegas chinos me digan que vaya allí con la familia porque es donde vamos a estar seguros. Una cosa

que ellos han hecho bien, y que no entiendo por qué no hacemos, es disponer aplicaciones funcionando desde el principio. En China, desde muy al principio, disponen de unas aplicaciones donde el seguimiento y el control de los casos se sigue al minuto. Aquí tenemos una aplicación que es una risa y desde hace poco tiempo.

—150 científicos de primer nivel han publicado un manifiesto en 'The Lancet' pidiendo un examen riguroso e independiente de la gestión de la pandemia en España. ¿Confía en que se materialice?

—No lo creo. En esta situación tan polarizada piensan que son en contra de unos o de otros, no somos un país constructivo en ese sentido. Hacer un análisis de algo que ha ocurrido no es para meter a nadie en la cárcel, es para que como sociedad entendamos qué es lo que se ha hecho mal, porque esto va a volver. Estamos en una huida hacia adelante, en un ir poniendo parches. Llevamos así bastantes décadas, pero vas tirando hasta que hay una bomba como esta, y los parches ya no valen. Ya ocurrió en la crisis de 2008, que puso de manifiesto cosas que tampoco se arreglaron, y esto es parecido. Lo peor es esa sensación de no ver el final del túnel. Cuando la mayoría de gente pensábamos que estábamos saliendo, en realidad estábamos entrando.

—La vacuna aún parece lejana...

—A mí me lo parece, y no soy experto en vacunas, pero cuando miras los tiempos de desarrollo tradicionales, a pesar de que los esfuerzos se multipliquen enormemente, es así. Por muy optimistas que seamos, una cosa es tener vacuna y otra, que esté al alcance del número suficiente de personas; y ese salto no es trivial. Yo pienso que podría estar el verano que viene, antes me sorprendería.

—Las estructuras políticas y sociales están resultando inefaces.

—Sí, en casi todos los lugares. Hay países que quizá por su estructura o historia han controlado las co-

LAS FRASES

EDUCACIÓN

«El modelo semipresencial es un desastre para los niños y las familias»

PANDEMIA

«Tendremos que ir acostumbrándonos; al final es aquello de 'la bolsa o la vida'»

«Pensábamos que salíamos del túnel, y en realidad estábamos entrando»

sas de forma eficiente. En China hace meses que no hay un solo caso propio, solo importados. Uno puede pensar que lo pueden hacer porque tienen un control político total de los ciudadanos, pero habría que encontrar un punto intermedio. Está claro que los alemanes lo han hecho mejor; necesitan unas infraestructuras engrasadas y funcionando, y esto es lo que creo que no tenemos.

—¿Hemos olvidado demasiado rápido en esta nueva normalidad?

—No puedes atar a la gente eternamente. A mí me sorprende más que durante todos esos meses hubiera tal aceptación. Este es un virus muy puñetero, y los jóvenes lo pasan mejor. Es ley de vida que quieran salir. No les dejan vivir prácticamente, y parece que son delincuentes porque se juntan con tres amigos, pero es lo normal. De por sí, por nuestro mecanismo neuronal, no tienen un control de riesgo, se tiran por los puentes, van en bici a toda velocidad..., y en esto menos, porque muchos lo han pasado sin toser siquiera. Tendremos que ir modulando esto y acos-

tumbrándonos, no va a desaparecer de golpe. Habrá picos más bajos y rebotes durante todo el siguiente año. Al final, es aquello de 'la bolsa o la vida', tendremos que ir acostumbrándonos poco a poco.

—Hemos puesto el foco en los jóvenes, pero también en los inmigrantes.

—Sigue habiendo una segregación de clases, y el caso de los trabajadores del campo es paradigmático, vistos como propagadores del virus cuando han recogido la fruta en el campo cuando ha hecho falta. Es el género humano.

—¿Cómo ve el papel que ha ejercido la OMS?

—Las instituciones internacionales son necesarias, si no vamos hacia atrás. Si no las reforzamos es un error, funcionar en bloques no es bueno. Ha sido hace poco el aniversario de la ONU, y es un poco deprimente, es difícil encontrar a líderes que parezca que tienen la cabeza bien puesta en los hombros.

—En alguna ocasión ha propuesto la implantación de un MIR para políticos...

—Para mí es fundamental. Igual que no entenderíamos que nos atendiera un médico que no sabe nada de nada y que va a ir a voleo. Si tienes que tomar decisiones, deben estar basadas en un conocimiento razonable. Es muy difícil con el mecanismo que tenemos de partidos, que normalmente repelen el talento por definición.

—El palo económico de la pandemia es inmenso, pero, ¿cómo saldrá la educación de esta?

—Los niños tenían una necesidad muy grande de volver a la escuela. Hay que volver a una escuela presencial, la educación virtual no es ningún paliativo ni puede sustituir la interacción. No parece que fuera tan tremendo el riesgo. Los maestros tienen miedo, pero también las cajaras, los reponedores... Todos tenemos miedo, pero hay que balancear un poco.

—¿Qué le parece el modelo semipresencial que se ha implantado en Murcia?

—Mal. Que vayan un día sí y un día no es un desastre, para los niños y para las familias. Todos los humanos necesitamos, pero los jóvenes más, rutinas, y en este modelo es difícil. No sé quién se lo ha inventado, pero hay otros sitios donde van todos los días a la escuela. No veo la ventaja desde el punto de vista sanitario. Espero que den marcha atrás y vuelvan a la situación normal. Parece que la escuela no es la vuelta al agujero que pensaban algunos.

—Para compensar la falta de clases, el año pasado se apostó, y este parece que van por ahí los tiros también, por el 'aprobado por compasión', flexibilizando las exigencias para titular y del modelo de examen de la Eba.

«El sentido común parece tan fácil, y es tan difícil»

F. C.

—Ha titulado su libro, en el que recopila sus artículos publicados quincenalmente los últimos años en 'La Verdad', 'Visión a todas las distancias'. Es complicado mantener esa mirada...

—Cuando uno es joven puede ver

a todas las distancias, pero cuando pasa de los cuarenta y tantos solo ve a una o a otra. Uno tiene siempre sesgos, pero he intentado ver las cosas lo más objetiva y nitidamente posible.

—Los artículos recopilados suman 500.000 palabras. ¿Alguna en especial?

—Quizá dos, sentido común. Lo repito bastante, pero eso que parece tan fácil, y es tan difícil.

—En alguna de esas columnas, comenta que tenemos escaso aprecio por lo nuestro y mucho entusiasmo por lo foráneo.

—Eso es muy triste, pasa en España, pero especialmente en Murcia.

Un ejemplo donde puedes verlo es con las basuras incontroladas; encontrarlas por doquier es un ejemplo de querer ser poco. Lo que ha pasado en el Mar Menor no tiene nombre, y no por ser una muerte anunciada es menos grave. Y hay planteamientos completamente absurdos, como ese de 'agricultura o mar'.



El catedrático, investigador y articulista Pablo Artal. LA VERDAD

–Uno puede entenderlo, ha habido dificultades, pero debería ser algo muy, muy excepcional. La educación, en todos los niveles, debe estar ligada a la exigencia. La única manera de avanzar es tener algo que superar. Si los requerimientos se van relajando, todo el mundo acaba más laxo. Sin pandemia hemos ido también rebajando los requerimientos. Si vas de generación en generación poniendo en cualquier nivel educativo el examen que ponían veinte años atrás, nadie de la clase aprobaría nada, y así sistemáticamente. Claramente se ha ido deteriorando. Lo más sencillo para el responsable político de turno es rebajar los requerimientos. Eso pasa mucho también en la Universidad. Hay una forma muy fácil de que nadie sepa que eres un maestro malo, y es aprobar a todos; no hay nadie que proteste. Incluso las familias, muchas han perdido el norte. A los niños hay que ponerles el listón, y luego la familia debe ayudar a que lo superen, pero no deben ir a bajarlo. –En ese caso el esfuerzo no está recompensado.

–Incluso está mal visto. No hay una recompensa clara, ni hay modelos. Los que aparecen para los jó-

venes no son los que uno imaginaria reconociendo un esfuerzo. Son modelos muy raros, con un millón de seguidores pero que no hacen nada. Da un poco de miedo.

–Podría investigar para cualquier laboratorio internacional de vanguardia, pero sigue en la UMU. ¿Qué le hace mantener el compromiso?

–Es mi universidad, de más de 25 años. Es donde he hecho las cosas más relevantes de mi carrera. También es cierto que estoy de un lado a otro. Visto en retrospectiva, no hubiera hecho cosas muy diferentes en otros sitios. Todo lo que he querido hacer lo he hecho en este contexto, a veces en contra de lo que otros pensaban, de que haya gente que quiere que no se hagan muchas cosas. Pero estoy satisfecho, con lo que hacemos, con el entorno y con el equipo, tenemos muchos proyectos en otros sitios del mundo.

–Más que aplausos, dice, los médicos necesitan sueldos decentes...

–Absolutamente. En cualquier caso, los sueldos debería estar, como en la empresa privada, en relación con lo que la persona hace y produce. El problema en la administración, y eso incluye la sanidad, la escuela, la universidad..., es que todo el

mundo es igual para cobrar, mientras que hay gente muy dedicada que se gana el sueldo muchas veces; y otros no tan dedicados que tienen un sueldo enorme.

–La pandemia también ha evidenciado el retardo de España en ciencia e innovación.

–Tenemos unas estructuras débiles, y eso se ha manifestado. Durante el confinamiento ya se dijo que los científicos no éramos esenciales. Ahora parece que esto importa, pero la realidad es que hay un ministerio partido por dos y la situación no es muy halagüeña.

–¿Cómo valora la gestión del ministro de Universidades?

–Lo que sí que parece es que es un señor honesto: el primer día dijo que le parecía absurdo que hubiera un ministro de universidades.

–La UMU se mantiene en una posición muy discreta en los 'rankings', ¿falta ambición?

–Me da la sensación de que sí. La Universidad entra en un modo de supervivencia, de salir al día a día sin pensar en el largo plazo. Hay universidades próximas, como la de Granada, la Jaime I de Castellón, la de Alicante, que con el mismo contexto y mismas dificultades se mueven. La nuestra da la sen-

sación que no, y es un poco triste. Hay fuerzas muy grandes que tienden a que casi nada se mueva. Y cuando todo lo demás se mueve a gran velocidad y tú solo sobrevives, te quedas atrás y bajas.

–Cuando fue candidato a rector insistió en su propósito de acabar con el 'café para todos'

–Pero ya viste cómo me fue. Tuve un 15% de los votos. Después me han llamado candidatos de otras universidades para charlar, y les he dicho que puedo contarles solo lo que no tienen que hacer y decir.

–¿Qué áreas de investigación le ocupan ahora?

–En presbicia, seguimos haciendo cosas bastante divertidas con unos sistemas de gafas electrónicas de autoenfoco, con un par de patentes. En el tema de las cataratas, en colaboración con la 'spin off' Voptica, hemos diseñado unas nuevas lentes con unas características muy bonitas. Hemos implantado unas 400 en España con unos resultados bastante buenos. La otra pata es el control de la miopía que realizamos en China. Hemos enviado unas máquinas a los colegios para medir las propiedades en el momento en que los niños se hacen miopes, para dar con

la tecla y averiguar qué pasa.

–Aunque lo más importante sea lo de mañana, ¿de qué está más satisfecho de lo logrado hasta hoy?

–Sí, a mí me gusta mirar al futuro, pero sería un paquete de resultados que han hecho que entendamos mejor cómo es el ojo como un sistema óptico y, a partir de ahí, hemos hecho contribuciones y se nos han ocurrido ideas para solucionar cosas. Por ejemplo, esas lentes intraoculares van a mejorar la visión periférica de las personas después de la operación de cataratas. A las personas mayores, cuando les ponen una lente normal, se deteriora un poco su visión periférica, y es muy posible que aunque no se den cuenta, cuando caminen, tengan más probabilidades de tropezar. Para las personas mayores es terrible caerse, y si realmente nuestra lente mejora la visión periférica, las personas mayores se pueden caer menos, y eso significaría que, por esa pequeña idea que hemos tenido, a lo mejor evitamos miles de caídas, lo que significa evitar miles de sufrimientos. Esa proyección de que una cosa pequeña que tiene que ver con el diseño de una lente tenga ese impacto me gusta.